

Ga
ESTADÍSTICA



FERNANDO LALANA

MORIRÁS EN
CHAFARINAS

Primera edición: febrero de 1990

Edición ejecutiva: Paloma Jover
Coordinación editorial: Berta Márquez
Coordinación gráfica: Lara Peces
Cubierta: Javier Jaén

© Fernando Lalana, 1989
© Ediciones SM, 2015
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ATENCIÓN AL CLIENTE
Tel.: 902 121 323 / 912 080 403
e-mail: clientes@grupo-sm.com

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta obra
solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares,
salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO
(Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org)
si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

DOMINGO DE GUARDIA

1

Adolfo

Siete. Horizontal: «Que no se debe ni puede sufrir o soportar». Once letras. Veamos... In-so-por-ta-ble. Doce. In-su-fri-ble. Diez. Vaya, hombre...

Se abrió entonces la puerta, dejando en suspenso mis cavilaciones, y lentamente apareció el rostro de Adolfo, luciendo su eterna semisonrisa y su bigotito a lo Clark Gable.

–El domingo nos toca... ¡guardia! –dijo como si estuviera radiando un anuncio de pasta dentífrica.

Y se me quedó mirando, quizá esperando que yo le riese la gracia. Pero me limité a gruñir un «¡oh, no!» rabioso.

–Lo siento en el alma, pero no hay más remedio –añadió.

–¿Otra vez, Adolfo? Pero ¿otra vez? ¡Esto es vergonzoso! ¡Francamente vergonzoso!

–Hombre...

–¡Ni hombre ni nada! ¿Qué clase de ejército tercermundista es este, en el que los oficinistas y los furrieles tienen que hacer guardias? ¡A ver! Y además, en domingo.

–¡Mira que te lo he explicado veces! Hay escasez de cabos y los servicios siguen siendo los mismos...

–¡Excusas! Estoy seguro de que el espíritu castrense es contrario a que la distribución de guardias se encuentre mediatizada por la ley de la oferta y la demanda.

Adolfo me miró de soslayo.

–Chico, cuando te pones a hablar raro, no hay quien te entienda. Yo lo único que sé es que mientras no llegue el siguiente reemplazo, no cuento con suficiente gente para cubrir los servicios.

–Esto es lo nunca visto. Estas cosas solo ocurren en el ejército español. Cuanto más veteranos, más puteados. ¿Sabes cuántas guardias hice mientras fui un simple soldado de segunda? ¿Eh? ¿Lo sabes?

–Claro que lo sé. Me lo has contado treinta veces.

–¡Una! Una única, tranquila y solitaria guardia, en un apacible día de comienzos de primavera, sin frío ni calor y con el mejor de los turnos. Sin un solo sobresalto. Hasta la recuerdo con cariño, fíjate lo que son las cosas. Además, por ella me libré de una marcha nocturna. Y no de una cualquiera, sino de aquella en la que al comandante Gutiérrez se le paró el reloj y no se dio cuenta hasta que se hizo de día. ¡Madre, que risa!

–Es que tú debes de ser el soldado que menos guardias ha hecho desde la fundación de Melilla por los cartagineses.

–Lo era –afirmé con orgullo–. Ostentaba tan honroso récord hasta que nos dieron a ti y a mí los galones de cabo. Porque desde que soy cabo, cabo oficinista para más recochino, ¿sabes cuántas guardias me he chupado?

Adolfo levantó la vista al techo.

–A ver... ¿Cinco, quizá?

–¡Cinco, sí señor! O sea que, con esta, ¡media docenita! Y todas en domingo.

Adolfo abrió los brazos en un gesto de resignación.

–Venga, hombre, que no es para tanto. A la gente le gusta salir a la calle el domingo y a nosotros nos da igual. Al fin y al cabo, tú y yo salimos todos los días. Además, las guardias de domingo siempre son las más tranquilas, que es lo importante. Por eso las reservo para nosotros.

–No, si aún te lo tendré que agradecer... Al menos, nos habrás metido en la puerta sur.

–Sí, hombre, sí. Puerta sur. Y lo mejor: ¿a que no sabes a quién tendremos como suboficial?

–Si no es Marilyn Monroe, me da exactamente igual.

–¡Al sargento Moreno! ¿Contento?

–¡Radiante de alegría! ¿No me ves dando saltos?

–Pues no me negarás que Moreno es de lo más legal que se puede encontrar en el grupo¹.

Al menos, sobre eso no había la menor duda.

–De acuerdo, de acuerdo –concedí–. Me has convencido. Te reservo en mi agenda el domingo entero, ¿contento?

De pronto, al hacer aquella broma, me vino la luz. Por un breve instante sentí que se me paraba el pulso.

–¡Un momento! –grité entonces, cuando ya Adolfo abandonaba la oficina–. ¡Un momento! ¿Y la cita que teníamos el domingo en la playa con aquellas dos gemelas? A hacer puñetas, ¿no?

Adolfo abrió los brazos en un claro gesto de impotencia.

–La patria es lo primero, ya sabes.

–Pero, pero... ¡Te mato! ¡Te mato, maldito irresponsable! ¿Cómo es posible que antepongas la seguridad nacional a la posibilidad de ligar con aquellos dos monumentos? ¿Dónde está tu sentido de la dignidad?

–Hala, no seas plomo. Iremos a la playa el sábado en lugar del domingo. Seguro que estarán allí de todos modos. Y, en cualquier caso, te recuerdo que fui yo quien se tomó la molestia de ligar con ellas, ¿no? Pues si ahora arruino el plan, piensa que no has perdido nada. Adolfo te lo dio, Adolfo te lo quitó.

–Lo que hay que oír...

El furriel levantó las cejas a modo de despedida.

–Me voy a la furrielería, a ver si cuento las cantimplo-
ras, que creo que ha desaparecido una.

–Ya. Cuidado no te hernies, furrielona...

¹ Grupo: nombre que reciben los regimientos de Fuerzas Regulares.

—Y tú no te ensucies con el papel carbón, secretaria.

Cuando Adolfo cerró la puerta de la oficina, me vino a la mente la palabra, como un flash súbito y rabioso: in-to-le-ra-ble. Once letras. Ni más ni menos.

Ni que decir tiene que no encontramos el sábado a las gemelas de la playa, maldita sea mi estampa.

Y el domingo, botas relucientes, ropa limpia de faena, cetme² impecable, los cuatro cargadores grandes a la cintura, el pequeño en el fusil, machete y treinta y cuatro grados a la sombra. Bieeen...

Al menos, como decía Adolfo, prometía ser una guardia tranquila, típica de domingo: en la puerta del sur, por la que casi nadie entraba ni salía; con Adolfo como compañero; con el sargento Moreno como suboficial... En definitiva, una guardia «perita».

Y, efectivamente, así fue durante toda la mañana. Y a la hora de comer. Y durante el tiempo de la añorada siesta. Pero a las cuatro y media de la tarde, minuto arriba minuto abajo, la tranquilidad se hizo añicos y empezaron los tiros.

2

Aguado

Tres. Fueron tres. Tres estampidos que rompieron el aire de la tarde, acelerando todos los corazones del grupo. Los nuestros especialmente. Primero, dos, casi seguidos. Luego, una pausa y otro más. Eran los inconfundibles aullidos de un cetme². Aún siento un repelucio en el cogote cada vez que lo recuerdo. Y es que, quieras que no, cuando tienes un fusil entre las manos, no es fácil evitar pensar en que quizá tengas que utilizarlo. En Melilla, esa neurosis está a la

² Cetme: nombre del fusil de asalto usado por el ejército español.

orden del día, y quien más quien menos se ha soñado cien veces en medio de la batalla, matando para no ser muerto, luchando por la vida, que no por la patria...

Cinco minutos antes, Aguado había interrumpido una despiadada partida de dominó a cuatro en la que los cabos nos disputábamos con los centinelas de descanso el turno de la cena.

–El cuatro cinco.

–El cinco dos.

–Me doblo.

–Me redoblo.

–El cuatro pito.

–La madre que te... ¡Paso!

–Pues yo, no. A pitos.

–Dominó.

–¿Otra vez...?

Fue entonces cuando Aguado, un asturiano de Cangas, infatigable bebedor de sidra, asomó más allá del quicio de la puerta su carita pálida y chupada, como de convaleciente de la tisis.

–¡Ejem! Perdonad un momento...

–¿Qué pasa? –preguntó Adolfo sin apartar la vista de la esvástica blanca y negra que las fichas habían formado sobre la mesa. Aguado carraspeó. Cuando empezó a hablar, su tono resultó extraño, como si él mismo no acabase de creer lo que decía.

–Esto... bueno, supongo que... que no os habréis fijado en que la garita de los jardines... está vacía.

Como si hubiese pasado un fantasma, nadie pestañeó durante el espeso silencio que siguió a aquel anuncio.

–¿Es una adivinanza? –pregunté mientras estrujaba en mi mano el tres doble.

–No, no –negó Aguado levantando las manos–. Yo lo único que digo es que en la garita no hay nadie. Se me ha ocurrido echar un vistazo... y eso: que no hay nadie, vaya.

Adolfo y yo –ahora sí– levantamos la vista a un tiempo y quedamos mirándonos como dos idiotas.

–¿Cómo que no hay nadie? –musitó mi compañero masticando las palabras.

–Te lo juro por mi novia, furri –proclamó Aguado solemnemente, serio como un ajo.

Sentí que el estómago se me encogía como una medusa, en una clara señal de alarma. Conocía bien a Juanito Aguado y le tenía por un buen tipo, incapaz de gastar bromas de mal gusto. Además, estaba loco por su novia, que había sido «miss Ribadesella con Gafas», o algo por el estilo, y sabía yo que jamás se habría permitido mencionarla en vano. Pese a ello, aún me resistí a admitirlo.

–¿Qué tontería es esa, hombre? En la garita de los jardines... ¡Vázquez!, pásame el cuadrante, ¿quieres?... Vamos a ver... En los jardines... de cuatro a seis... Tiene que estar... Júdez, ¿Júdez? ¿Quién demonios es?

–Es el tipo que nos ha mandado el furriel de la Séptima para completar –dijo Adolfo.

–Ya caigo. Ese tío alto y con una nariz que parece un apagavelas. Yo mismo le he llevado a la garita en el último relevo.

–Sí, sí. Todo lo que tú quieras. Pero ahí no está –insistió tercamente Aguado.

Adolfo volvió a mirarme, ahora ya claramente inquieto. Se produjo una corta pausa y, de pronto, como movidos por un mismo resorte, todos los allí presentes nos pusimos en pie, cogimos nuestros fusiles y salimos al exterior.

La garita de los jardines estaba situada, curiosamente, en los jardines, muy cerca de la calle. Era la más cercana al cuerpo de guardia y la única que se divisaba perfectamente desde allí. Adolfo y yo recorrimos a la carrera el medio centenar de metros que nos separaban de ella. Antes de llegar, ya nos habíamos percatado de que Aguado no bromeaba.

No había ni rastro del centinela.

Adolfo me miró con asombro mientras se pasaba una mano por la frente.

–Ay, Dios... –musitó.

Durante unos instantes permanecemos como dos verdaderos estúpidos, mirando de un lado a otro y dando vueltas en torno a la garita sin decir palabra. Pronto nos rendimos a la evidencia.

–Se ha ido –dijo Adolfo con la incredulidad marcada en la voz. Y me gritó de repente–: ¡Que se ha ido, tú! ¡Que el insensato ese se ha marchado!

–Ya, ya... Cálmate.

Aún dio un par de grandes zancadas con las manos en la cabeza, en un gesto universal de desolación, antes de volverse hacia mí con la expresión de quien ha encontrado la solución al enigma.

–¡Claro! ¡El calor! –exclamó, señalándose la frente con el índice.

–¿Qué?

–¡El calor le ha derretido los sesos! Es la única explicación. Porque nadie en sus cabales deja abandonada la garita durante una guardia. ¡Que te juegas el cuello! Tú sabes que te lo juegas, ¿no?

Desde luego, parecía improbable que Júdez, un veterano como nosotros, con menos de tres meses de mili por delante, hubiera escogido el momentos más abrasador de aquel abrasador domingo para desertar. Pero, en cualquier caso, loco o cuerdo, el problema para nosotros seguía siendo el mismo.

–Lo retiro –dijo entonces Adolfo.

–¿El qué?

–Me parece que el calor no ha tenido nada que ver con la locura de nuestro amigo Júdez.

Y como prueba de sus palabras, levantó en la mano una jeringuilla para insulina, con restos de sangre, que acababa de recoger del suelo de la garita.

–Habrá que avisar al sargento –sugerí, tras resoplar largamente.

–¿Cómo? ¡Ah, claro! El sargento... ¡Huy, la leche! Se va a poner como una fiera. Oye, tengo una idea: ¿por qué no se lo dices tú? Ya sabes que a mí me tiene fila y, en cambio, tú le caes fetén.

–Adolfo, no me hagas esto...

–¡Que sí, hombre! Que el gachó te pone por las nubes. Que me lo ha dicho el brigada más de una vez.

Fue en ese instante cuando escuchamos las detonaciones.

Aunque relativamente lejanas, consiguieron que Adolfo y yo nos arrojásemos instintivamente al suelo mientras amartillábamos nuestros fusiles. Tras unos instantes de silencio, escuché de nuevo la voz de mi compañero. Esta vez era solo un susurro tembloroso junto a mi oído.

–¡Dios...! Tiene que ser él. Lo que faltaba.

3

Moreno

Treinta y dos segundos más tarde, el sargento Moreno, blanco como el papel, hizo su aparición bajo el dintel de la puerta sur.

El centinela de la garita del aparcamiento, en pleno ataque de nervios, acababa de llamarle por el interfono para explicarle entrecortadamente que estaba vivo por verdadero milagro.

Apenas un minuto antes había visto a Júdez caminando tan campante por la acera dirigiéndose, al parecer, al centro de la ciudad. Al preguntarle el centinela que adónde iba, la respuesta de Júdez había sido contundente: echarse el fusil a la cara y descerrajarle, sin pestañear, los tres tiros

que acabábamos de escuchar. Habían sido disparos bastante intencionados, y solo por pura chiripa el centinela había resultado ileso.

–¿Qué hacemos, mi sargento? –pregunté, tras ponerle al corriente de nuestro hallazgo.

El suboficial maldijo su suerte por lo bajo.

–¿Y yo qué sé? ¡Mecagüen sus muertos...! –gritó de repente, perdiendo los nervios por un momento–. ¿Cómo es posible que el centinela de los jardines abandone la garita y ni sanpedrobendito se dé cuenta? ¿Cómo es posible? ¿Eh? ¿Estáis de guardia o de qué estáis?

Más que una bronca era una simple rabieta, pues él sabía mejor que nadie que no entra dentro de los cometidos del resto de la guardia el vigilar que los centinelas permanezcan en la garita. Pronto resopló con disgusto, arrepentido de su exabrupto.

–Olvidadlo, no sé lo que me digo. Ni lo que me digo, ni lo que me hago, maldita sea... Voy a avisar al teniente de guardia.

Se encaminó hacia su despacho, pero a los cuatro pasos giró sobre sus talones y me lanzó una significativa mirada que creí entender de inmediato. Estaba claro que no quería pedírmelo, de modo que evité el mal trago.

–Mi sargento..., ¿me da permiso para ir tras él? Tras Júdez, quiero decir. Mientras usted habla con el teniente, el teniente con el capitán de cuartel y el capitán con el coronel, no sabemos lo que puede estar haciendo ese loco.

Moreno estaba deseando decirme que sí, estoy seguro, pero se mordió el labio inferior pensativamente. No me quedó más remedio que insistir.

–Va armado, mi sargento. Y, por lo que parece, no está en sus cabales. Puede organizar una de órdago. Es mejor si, al menos, sabemos dónde está. Vamos, digo yo.

La mirada del sargento Moreno reveló un sincero agradecimiento.

–De acuerdo, pero ten mucho cuidado. Nada de burradas ni de heroicidades, ¿está claro? Limítate a seguirle los pasos. Y si la cosa se pone fea... usa el sentido común, ¿entendido?

–Sí, mi sargento.

–Que te acompañe uno de estos. Un voluntario.

–Yo voy –dijo Adolfo al punto.

–No, tú no. Aquí tiene que haber un cabo –aclaró Moreno.

Lancé una mirada a mi alrededor hasta tropezar con los ojos grises de Aguado, quien, al momento, asintió con la cabeza.

Salimos los dos del cuartel a la carrera, calle abajo, tras los pasos de Júdez. La temperatura había seguido subiendo y resultaba ya insoportable, incluso a la sombra. Al sol, mejor no hablar. Ya al llegar a la altura de la garita del aparcamiento, ambos sudábamos por todos los poros.

–¡Va por allá! ¡Miradlo! ¡Miradlo! –nos gritó el centinela tiroteado señalando en dirección a un estrecho callejón descendente, que se internaba en una barriada de población mayoritariamente musulmana.

Efectivamente, allá abajo, a lo lejos, recortada sobre las cegadoras fachadas encaladas, distinguimos la silueta de Júdez, tambaleante, con el fusil terciado. En ese momento doblo una esquina hacia la derecha y desapareció de nuestra vista.

–Tened cuidado con ese malnacido –nos aconsejó el centinela.

Júdez

Aguado y yo nos lanzamos a tumba abierta, pendiente abajo, destrozando el apacible silencio del barrio. El ruido de las botas golpeando el cemento, de los cargadores golpeándonos las caderas, de las hebillas sujetando los correajes, y de nuestra propia agitada respiración, provocaba un verdadero escándalo. Muchos vecinos, intrigados, se asomaban a nuestro paso. Eran no mucho más de un ojo y media boca al otro lado de la rendija abierta en una ventana. Pero, al vernos, a todos les faltaba tiempo para desaparecer de nuevo en la relativa seguridad de sus viviendas.

Tras girar por el mismo lugar en el que ya lo hiciera Júdez, nos detuvimos, jadeantes. No se le veía por ninguna parte.

–Pero... ¿dónde se ha... metido...?

–No puede ¡buf!... estar muy... lejos... ooofg...

Continuamos avanzando, ahora mucho más despacio y poniendo especial cuidado al llegar a cada esquina. Volvimos a encontrarle en la tercera bocacalle a mano izquierda. Estaba sentado en el suelo, apoyada la espalda en la fachada de una pequeña vivienda. Miraba en nuestra dirección, así que nos vio en el mismo instante que nosotros a él. Como no hizo ningún gesto violento –en realidad permaneció absolutamente inmóvil–, ni Aguado ni yo lo hicimos tampoco. Nos separaban treinta o cuarenta metros.

–Hooola, Júdez –grité, tratando de mostrarme amigable.

Mi saludo no despertó en él ni la más leve reacción. Pude ver que sudaba copiosamente, lo cual me dio pie para continuar hablando y, al mismo tiempo, avanzando hacia él.

–Hace un calor infernal, ¿eh? Aunque creo que pronto nos van a poner aire acondicionado en las garitas. En serio. Lo ha dicho el coronel Cabeza. Pero, de momento, es duro,

lo reconozco. Claro, que no tanto como abandonar la guardia. ¿Sabes lo que te puede caer encima?

Tuve la sensación de que no me oía siquiera. Y de pronto, haciendo caso omiso de mi estúpida conversación, se incorporó, lanzándose de nuevo al trote, calle abajo.

—¡Oh, no...! —se lamentó Aguado a mi espalda—. A correr otra vez. ¿Adónde demonios irá?

Melilla parecía a punto de fundirse al sol. Nuestros pasos eran cada vez más lentos y más sordos y blandos. Nuestras botas de tres hebillas se hundían en el hormigón. Nuestros pensamientos se hundían en la oscuridad de cada zaguán. Nos hundíamos en Melilla...

Bien podían haber transcurrido horas, o tal vez solo segundos, cuando de pronto, por sorpresa, tras recorrer un callejón estrechísimo y sombrío, el laberinto en el que nos movíamos desembocó en una amplia plaza, empedrada y oval. Así supimos cuál era nuestro destino. No podía ser peor.

Aguado, a la par que se detenía, lanzó un largo silbido.

Y es que Júdez, con paso cada vez más inseguro, acababa de entrar en la mezquita de la ciudad.

—Lo que nos faltaba...

Me preguntaba si Júdez habría elegido la mezquita de modo casual o premeditado, cuando volví a escuchar la voz de Aguado, que ya empezaba a parecerme la de mi propia conciencia.

—¿Qué hacemos, cabo? —preguntó—. ¿Entramos tras él? Le miré como a un aparecido.

—¿Entrar ahí? ¿Entrar ahí, dices? ¿Estás borracho? Ni hablar. Yo no me meto en semejante sitio. ¿No sabes que una mezquita es un lugar sagrado? Podríamos crear un..., ya sabes, un... una especie de conflicto religioso internacional o algo por el estilo. ¿Tienes idea de cómo las gastan los integristas islámicos? Si por robar una pera te cortan la mano, imagínate...